

LA MESA REDONDA SOBRE «DESARROLLO SOSTENIBLE» Y EL CUESTIONAMIENTO DE LA W\$\$D*

Patrick Bond

El día de la apertura oficial de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible (WSSD) se inauguró una nueva oportunidad para revisar los problemas intelectuales y prácticos de la izquierda. La expresión desarrollo sostenible ha sido utilizada tan abusivamente que ha acabado definiendo principios, análisis, estrategias y alianzas totalmente divergentes, aun dentro de los sectores donde la claridad de propósitos debería ser más evidente: entre las fuerzas explícitamente radicales. Desde socialistas, comunistas, autónomos, ecologistas y ecofeministas, hasta periodistas de publicaciones comprometidas, académicos independientes e intelectuales locales confluyeron para intercambiar criterios en la Universidad de Witwatersrand, en Johannesburgo. La «mesa redonda de intelectuales de izquierda» fue coordinada por Dennis Brutus de Jubileo Sur y otros grupos radicales sudafricanos, en parte con la intención de introducir en ciertos temas a los activistas locales y en parte para ver qué puntos de coincidencia había entre los movimientos anticapitalistas, antiglobalización y por la justicia global.

Como explicaron dos de los participantes en la mesa redonda, Michael Goldman y Giovanna Ricoveri, los eventos en torno a la cumbre han puesto al descubierto profundas divisiones, tanto a nivel local como internacional, en temas vinculados con el discurso y la acción rojiverdes. Más allá de desacuerdos básicos de carácter ideológico y de la diversidad de temas de interés, el reto más difícil —según mi opinión— sigue siendo el establecimiento de las adecuadas *políticas de escala* sobre las que podamos trabajar. El mismo dilema surgió repetidamente, no sólo en los diversos temas que fueron objeto de debate entre los jefes de estado: agua, energía, atención sanitaria, agricultura y biodiversidad; sino también en cuestiones que fueron prácticamente censuradas tanto en la cumbre oficial como en los debates paralelos entre ONG: en especial el modelo de producción y su relación con el medio ambiente, el cada vez más injusto modelo de desarrollo, las tendencias hacia una crisis capitalista, los cada vez más frecuentes conflictos de carácter étnico o nacionalista, el incremento de la opresión sobre las mujeres de bajos ingresos en las pasadas dos décadas, entre otros. Estas cuestiones nos llevan a tener que considerar la miriada de terrenos geopolíticos en que se revelan los conflictos sobre el desarrollo y el medio ambiente. Lógicamente, no se trata de escoger entre uno u otro, sino que a menudo debemos considerar todos estos terrenos conjuntamente. Incluso se hace necesaria una mayor familiaridad con las ideas de nuestros amigos y enemigos, y un conocimiento, con rigor conceptual, sobre cómo, nosotros y ellos, hemos construido nuestras respectivas cosmovisiones, antes de lanzarnos al activismo por el cambio social o ponernos a batallar contras las élites en las conferencias internacionales, o en nuestras luchas locales.

* La versión original de este artículo ha sido publicada en *Capitalism, Nature, Socialism*, nº 13 (4) de diciembre de 2002. (Traducción de Angelo Ponziano.)

Pero dejadme que vaya directamente al grano. Por lo que se refiere a si algo de positivo podría salir de la cumbre, el espíritu nacido del conjunto de fuerzas de izquierda reunidas aquí a finales de agosto era muy combativo, y las expectativas puestas en la cumbre, muy pocas. No podemos ignorar que en Sudáfrica el proceso preparatorio de la cumbre, durante el 2002, se caracterizó por una profunda escisión entre los grandes sindicatos (aliados al gobierno del Congreso Nacional Africano) y los movimientos sociales independientes, situación que determinó que la capacidad de movilización se redujese a menos del 10% de la que podría haber sido. La conclusión estratégica de las fuerzas de izquierda independientes, que fueron ganando el apoyo de las ONG según iba quedando claro el carácter mercantilizador de la cumbre, fue que ya no se trataba de «arreglar» sino de «negar» el encuentro de NN UU como sitio potencial para luchar contra la pobreza y la contaminación. Dado que las NN UU han sido consideradas con frecuencia como una potencial fuerza contra-hegemónica ante el neoliberalismo de Washington y Ginebra, así como futuro promotor de mecanismos reguladores internacionales y hasta un posible parlamento mundial, es destacable que se llegara tan rápidamente a este acuerdo. Sin duda refleja una *realpolitik* de izquierdas asociada al actual equilibrio de fuerzas, concretamente, que cualquier reconstrucción política progresista no puede darse a través de instituciones monopolizadas por el capital, como hoy lo está el sistema de NN UU.

En cierto sentido, el escepticismo intelectual del 26 de agosto contribuyó a fortalecer un espíritu militante y a la voluntad de deslegitimar la cumbre, acertadamente definida como WSSD. El 31 de agosto, en lugar de adherirse a la convocatoria de Thabo Mbeki «contra la pobreza» y a favor de la cumbre, la gran mayoría de manifestantes locales e internacionales marcharon entre el ghetto de Alexandra y el centro de conferencias de Sandton con la clara intención de que, en palabras del activista de Soweto Trevor Ngwane: «La WSSD se clausurase y los delegados regresasen a sus países.» Por supuesto, la masiva presencia de fuerzas policiales y del ejército que protegían a los delegados de la cumbre impidió que tal propósito pasase de la simple retórica, a diferencia de lo que ocurrió en Praga en el año 2000. Pero el rumbo estaba tomado y el último día de la cumbre, la mayoría de las ONG participantes protagonizaron, con retraso, un acto de protesta retirándose del lugar de reunión. Otras se quedaron para incordiar a Colin Powell.

¿Qué sucedió entonces con ese «populismo antimultinacionales» que inspira a muchos de los movimientos por la justicia global, con su doble propuesta de reformas globales y utopías localistas? La comodidad de la crítica populista se manifestó en un coloquio organizado por el Foro Internacional sobre la Globalización¹ durante el fin de semana del 24 y 25 de agosto, también en la Universidad de Wits. Normalmente, los eventos de este tipo organizados por el FIG: cumbres paralelas de intelectuales radicales, especialmente del circuito de ONG, son fuertes en sus críticas pero débiles en activismo. Pero Johannesburgo demostró ser diferente. El movimiento local Indaba, liderado por Ngwane y Brutus, logró que se hiciese una pausa en el programa del FIG y saliesen a la calle todos los participantes, donde experimentaron la violencia de la policía antidisturbios. Pero dentro del coloquio también se pusieron de manifiesto las contradicciones de la crítica pequeño-burguesa. A mitad de las conferencias, Naomi Klein lo dejó bien claro: «He estado oyendo oradores durante todo el día y ninguno ha mencionado hasta ahora la palabra capitalismo». Al finalizar el segundo día, la situación había cambiado y los izquierdistas sudafricanos manifestaban a viva voz sus críticas a la cumbre.

¹ <http://www.ifg.org>.

Oradores como Colin Hines, Helena Norberg-Hodge y Wolfgang Sachs (autor del extraordinario informe *Memorandum de Johannesburgo* que describe los fracasos de la década post-Rio)² se contaron entre quienes todavía se resisten a romper con un modelo de capitalismo en pequeña escala y localmente sostenible; en el caso de Sachs, acompañado de instituciones internacionales menos dañinas y estilos de vida diferentes para los hedonistas del Norte. Durante la mesa redonda, Norberg-Hodge y Hines argumentaron que en las actuales circunstancias pesan más los beneficios de un giro hacia lo local, buscando articulaciones más estrechas entre economía, sociedad y cultura, que los peligros de un proteccionismo liderado por las multinacionales y la xenofobia. Esta línea de pensamiento no fue bien recibida por parte de los representantes de periódicos y revistas como *CNS*, *Historical Materialism*, *Monthly Review*, *Socialist Register* y la revista sudafricana de izquierdas *Debate*, cuyos redactores presentes en la cumbre pretendían introducir, claramente, el socialismo en la agenda.

A pesar de todo, en la mesa redonda se alcanzó un consenso general en lo relativo a tareas inmediatas. Debido a la apropiación y banalización del concepto de «sostenibilidad», se acordó intensificar la deslegitimización de la Cumbre Mundial, del *New Partnership for Africa's Development* (Nepad), de los partenariados público-privados y de las demás «soluciones» mercantilizantes ante los problemas ecosociales. Pero continúan abiertos espacios de debate entre los ecologistas, como por ejemplo la débil postura adoptada por la Red de Acción sobre el Clima en relación a los acuerdos sobre las emisiones de carbono que, según la nueva red *Rising Tide*, favorecen demasiado la mercantilización del aire a cambio de mínimas reducciones de las emisiones de gases de efecto invernadero. Además, justo antes de la gran manifestación, Greenpeace sorprendió a muchos de sus aliados al aceptar vincularse con el Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible de Sir Mark Moody-Stuart, cuando poco antes el directivo del Sierra Club, Michael Dorsey, que también participó en la mesa redonda, había definido a Moody-Stuart como un «asesino» en un programa de la BBC, por su papel como ejecutivo de Shell cuando la ejecución del nigeriano Ken Saro-Wiwa, en 1995. Para Sachs, presidente de Greenpeace Alemania, la maniobra de la organización era una oportunidad «para tener más controladas a las multinacionales y poder abofetearlas mejor.» Sin embargo, la dura crítica de John Bellamy Foster, del *Monthly Review*, al *Memorandum de Johannesburgo*, escrito por Sachs, acusándole de no haber mencionado (y por tanto analizado) al sistema, dejó a Sachs defendiendo el capitalismo sostenible como algo tácticamente adecuado.

Los debates de la mesa redonda sobre las contradicciones en el Sur y en Sudáfrica tuvieron la particularidad de atraer a decenas de comprometidos cuadros intermedios de ONG, muchos de los cuales soportaron viajes en autocar de cuarenta y ocho horas a través de todo el país. Después de la lectura de un informe de John Saul, del *Socialist Register*, en el que describía los fracasos del nacionalismo postcolonial africano en un contexto histórico, se plantearon una serie de dilemas estratégicos, como por ejemplo:

- ¿Cuál sería la postura de los progresistas ante la intención del ambicioso presidente neoliberal de Malawi, Bakili Muluzi, que pretende modificar la constitución para cumplir un tercer mandato, en

¹ <http://www.boell.de>.

parte granjeándose simpatías (merecidas) mediante un enfrentamiento populista contra el FMI, negándose a la venta de cereales al exterior para pagar a los bancos comerciales, en vísperas de la actual sequía?

- ¿Cómo puede la importante presencia de trotskistas (Internacional Socialista) en el opositor Movimiento por el Cambio Democrático, promover campañas populares, desde la redistribución de tierras hasta la política macroeconómica, cuando la oposición democrática a Mugabe también se está inclinando a la derecha?
- En el caso de Sudáfrica ¿se podrán reconciliar los sindicatos y movimientos sociales de izquierda para alcanzar una fórmula rojiverde que consolide un partido de los trabajadores con ambiciones electorales? ¿o las perspectivas son mejores, en un futuro inmediato, para los desafíos insurgentes contra el poder estatal lanzados desde los extremos más militantes de la sociedad civil?
- ¿Podrá el naciente Foro Social Africano establecerse como plataforma ideológica formal para coordinar y promover la oposición progresista de todo el continente contra el Nepad, hasta alcanzar un «consenso de los pueblos de África», especialmente si los destructivos proyectos hidroeléctricos y la privatización de la energía son utilizados por el capital de Johannesburgo y los políticos de Pretoria para empezar a avanzar en su programa preimperial?
- Dada la mercantilización de los servicios promovida por el Nepad en todo el continente ¿qué se puede aprender en el resto de África de los dos grandes movimientos antiprivatización, el de Soweto y el de los lúcidos radicales de Accra, en Ghana?

La mesa redonda contó con la participación de unas 250 personas que iban desde los académicos de sillón hasta un gran contingente de los «townships»³ de Johannesburgo. Las previsibles diferencias entre autónomos, marxistas y reformistas se debatieron de forma constructiva. En la última sesión, Klein y Gerard Greenfield, del *Socialist Register*, hablaron a favor de la crítica marxista, pero señalaron algunos problemas de estilo en la tradición (por ejemplo, el fundamentalismo) y en la semántica del «socialismo», puesto que es igual de comprometido llamarle «camarada» a un trabajador en Zimbabwe o Vietnam, como lo es en el Norte, señaló Greenfield al final de su deslumbrante crítica sobre la crisis del capitalismo global. La activista keniana Njoki Njehu, de *50 Años Bastan*, de Washington, añadió que el movimiento internacional por la justicia global necesita fortalecerse ideológicamente, en una manera que permita llegar mejor a las mujeres campesinas de Malawi cuyas familias se enfrentan este año a la amenaza del hambre, debido a una combinación de lluvias fuera de estación y del poder del FMI.

Johannesburgo está muy lejos de los principales centros del activismo. Simplemente llegar a los sitios de debate y de protesta, teniendo en cuenta los perjuicios ambientales asociados al transporte aéreo, implica grandes contradicciones para la izquierda. No obstante, los sudafricanos salieron enriquecidos de la experiencia y la intensificación de la presión y de la retórica a escala internacional durante la cumbre contribuyó a que los movimientos sociales se convirtieran en una verdadera espina para el gobierno neoliberal. Además, el carácter radical de la resistencia local puede influenciar en los futuros debates internacionales, ya que los patrocinadores de eventos como la WSSD o la anterior Conferencia Mundial contra el Racismo, encuentran a Sudáfrica cada vez menos hospitalaria.

³ N. del T: Asentamientos urbanos creados en tiempos del apartheid para gente negra en Sudáfrica.